

ENTREGAS DE
LA LICORNE



4

AGOSTO 1954

MONTEVIDEO

DIRIGIDA
POR
SUSANA SOCA

CONSEJO DE REDACCION: SAN JOSE 824

Suscripción a 4 números \$ 12.00
Número suelto \$ 4.00

COPYRIGHT 1954 BY: ENTREGAS DE LA LICORNE
IMPRESO EN EL URUGUAY PRINTED IN URUGUAY

SUMARIO

- PIERRE JEAN JOUVE: *ANTE EL ESPEJO*
JOSÉ BERGAMÍN: *MEDEA LA ENCANTADORA*
HENRI GOUHIER: *MAINE DE BIRAN*
ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS: *POEMAS*
ADOLFO BIOY CASARES: *CLAVE PARA UN AMOR*
CLARA SILVA: *TRES SONETOS A DELMIRA AGUSTINI*
HERBERT STEINER: *PRESENTACIÓN DE HOFMANNSTHAL*
HUGO VON HOFMANNSTHAL: *LOS CAMINOS Y LOS ENCUENTROS*
XAVIER ABRIL: *JOSÉ MARÍA EGUREN O LA POESÍA SIMBOLISTA*
CARLOS GURMÉNDEZ (h.): *UNAMUNO Y LA ESPERANZA ESPAÑOLA
DE SER*
RICARDO PASEYRO: *POEMAS*
JACQUES MADAULE: *GEORGES BERNANOS Y EL ESPÍRITU
DE INFANCIA*
GUIDO CASTILLO: *TRES FRAGMENTOS DE "DON JUAN, EL ZORRO",
DE FRANCISCO ESPÍNOLA*

CRÓNICAS

- ANNIE BARBARO DE TEIXEIRA: *KAUTILYA, PRECURSOR INDIO DE
MACHIAVELO*
SUSANA SOCA: *M. A. COUTURIER O. P.*
M. A. COUTURIER: *IDEAS SOBRE ARTE Y RELIGIÓN*
ESTHER DE CÁCERES: *ADIÓS A EDUARDO DIESTE*
SHERBAN SIDERY: *CARTA DESDE PARÍS*
HANS PLATSCHEK: *INFORME SOBRE ALEMANIA*
LORENZO VARELA: *EN TORNO A "LAS UVAS Y EL VIENTO"*
JOSÉ BERGAMÍN: *LOS ÚLTIMOS VERSOS DE UNAMUNO*

M. A. COUTURIER O. P.

por
SUSANA SOCA

“Finalmente de qué sirven la indignación y el enojo? Las gentes hacen lo que les gusta hacer; lo que hay que cambiar es el corazón y sus deseos. Así todos los puntos nos vuelven a lo esencial. Vano es disimularlo: los problemas del arte sagrado son los problemas de la cristiandad misma. Ahí reside el verdadero drama y también la esperanza irreductible”. Estas frases del Padre Couturier lo definen con máxima fidelidad.

Era el representante de una minoría, es decir de los mejores dentro de la multitud de seres que luchan por los valores espirituales en el sentido más estricto del término y también el más amplio. Ese religioso era el más libre de los ortodoxos y el más ortodoxo de los hombres libres. Esa persona humana discretamente resplandeciente era un testimonio vivo de la propia fe y de lo que pueden lograr la acción y la comprensión, unidas en un ser de buena voluntad.

Nunca el hábito de Santo Domingo pudo ser llevado con mayor prestandia. Pero cuando se le miraba con mayor atención, lo involuntariamente arrogante de su aspecto se transformaba en algo enteramente ascético.

Su facultad de comprender lo llevó a desarrollar una acción imprevista entre grupos humanos de diversas orientaciones. Entraba en relación con los seres más alejados. Los unos se acercaban del todo, los otros establecían por medio de él un contacto con fuerzas espirituales que hasta entonces habían ignorado.

Era una de las conciencias más responsables de nuestro tiempo; ningún problema podía dejarle indiferente y daba la impresión de poder resolver todo lo susceptible de ser resuelto. Parecía vivir en un estado de vela permanente y tomar por suyos los conflictos del mundo actual y los de los más variados individuos. Entraba en el sufrimiento de todos y de cada uno. En los países anglosajones en que largamente viviera y trabajara, había actuado como removedor de conciencias, de ideas, de posiciones y gustos, y había provocado una admiración no superada. Al paso de ese hombre infatigable, nada podía permanecer como él lo había encontrado. Esa influencia radiante era debida más al ejemplo que a la persuasión, más al contacto espiritual que a la prédica.

Nada predisponía a pensar que ese hombre pausado y suave, cuyas reservadas maneras indicaban al poseedor del señorío de sí mismo, podía ser un polemista tan ardiente y atormentado como Bernanos, un revolucionario permanente dentro de la Iglesia.

Karl Stern en su libro “El Pilar de Fuego” en el que relata la conversión de su mujer y la suya y describe su inesperado acercamiento a la Iglesia a través de las ideas de Martin Buber, describe así al Padre Couturier. “Perfectamente —le dije a mi mujer— hay aquí un sacerdote dominico francés, el Padre Couturier que es un artista, amigo de Matisse y de Picasso. Si realmente te interesa prepararé una entrevista.

“Yo había conocido al Padre Couturier por una presentación que me dió Maritain. Era absolutamente cierto que Couturier era artista y amigo de Matisse y de Picasso, pero yo sólo me serví de esto como de cebo.

“Odio visitar a la gente para tratar de asuntos en que soy del todo profana —me dijo— pero esta entrevista se me hace atrayente”.

Para la tarde del sábado siguiente teníamos una cita en el convento de los padres dominicos de Nuestra Señora de la Gracia. Dejé a mi esposa con el Padre Couturier en el locutorio. Era éste una caja con vidrieras que semejava a una gran cabina de teléfono. Podía ver a los dos a través de los cristales. El sacerdote llevaba hábito blanco, era muy alto y delgado y tenía la cabeza pequeña, las mejillas hundidas y los ojos, grandes y vivos, de un azul grisáceo. Llevaba el pelo corto y lo tenía también gris. Mantenía siempre las manos, grandes y expresivas, en pausado movimiento, cuando no las ocultaba en las mangas. Yo no podía oír lo que hablaban. Estaba él recostado de espaldas en el sillón, con aire de irónica campechanía; ella parecía una atenta muchacha de escuela, sentada apenas en el borde de la silla. Yo llevaba traje y zapatos de esquiar y mis pasos resonaban al pisar en el empedrado del suelo. Me pasé un rato de aquí para allá, me paré a mirar un mapa de la arquidiócesis de Montreal y un reglamento impreso en francés; luego salí a dar un paseo. Al volver encontré a mi esposa saliendo de la cabina de vidrio.

Parecía excitada y en su rostro se dibujaba un ligero sonrojo. Después de despedirnos del Padre Couturier caminamos un rato en silencio. Estaba deseoso de conocer su primera reacción, pero no quise preguntarle nada. Al rato me dijo ella: “Me parece que me agradaría hacerme católica”. Lo que experimenté yo en aquel momento se me haría sumamente difícil expresarlo. Hablando vulgarmente, fué algo así como si Dios me hubiera guiñado satisfecho el ojo en un juego de entre ambos”.

Muchas veces la figura del Padre Couturier apareció ante mis ojos de modo semejante al que se evidencia en la citada descripción. Era en un locutorio antiguo de París cuyo despojamiento se parecía al que él soñaba como base imprescindible para el arte en las iglesias modernas. “Hay que aprender de nuevo a ser pobres”, repetía, pensando en un arte religioso cuyo esplendor surgiera de una vitalidad espiritualizada, abarcando las fuerzas actuales trascendidas y apartándose de la decadencia del lujo. Ese lujo que desde 1830 había ido tomando totalmente el lugar del arte en la iglesia.

Una vez me habló, rápidamente, de una capilla que hacía construir en Saboya y para la cual había hecho un llamado a los artistas de todas las creencias pidiéndoles dos cosas solas; talento y voluntad de cooperación.

En el prefacio del primer número de esta revista eran recordadas las palabras del Padre Couturier relacionadas con otras frases suyas a propósito de un “postulado espiritual discreto” que él sugería a algunos amigos que hacían revistas y le preguntaban cómo sintetizar el propósito fundamental que los llevaba a ocuparse de esas publicaciones.

Cuando evocaba sus palabras, ninguna información llegada, hacía pensar que el 9 de febrero de este año, cesaría de vivir el Padre Couturier. La razón profunda para hablar de él había sido el deseo de recordar la amistad dispensada a la primera LICORNE y el de apoyarse en ella a través del tiempo y la distancia.

Ahora el único homenaje consiste en no olvidar nunca sus palabras.

S. S.